

EL VACIO

MARTES, 25 DE SEPTIEMBRE (79).—Reconozco que me conmovió la repetida intervención del señor Rodríguez Sahagún en la ventanita televisora. Puede que yo me haga un lío, pero lo que dijo en San Sebastián lo había ya soltado —no sé si en forma de nota a los periodistas que acudieron a despedirle— en Madrid, bien en Barajas, en su despacho o por medio de su gabinete de Prensa. Lo importante es lo que quiso decir, no el número de veces que lo dijera, ni los medios empleados para ello. La política es el arte de la repetición, por lo menos hasta que los propios políticos se aprendan lo que dicen.

Bien. Lo grave es que el señor Rodríguez Sahagún no dijo nada, y que en medio de la perorata que yo le oí, el reportero de TVE le preguntó:

—«¿Y qué diría usted a los españoles sobre el terrorismo?»

O algo así —ni tomé nota, ni disfruté de gran memoria, ni tengo grabadora, ni, si la tuviera, sería capaz de manejarla, porque mi torpeza manual llega al extremo de no saber encender la radio—, tan espeluznante, tan surrealista, tan volatinero, que me hizo pensar que hasta el momento las palabras del señor ministro de Defensa habían sido un prólogo para ingleses, para franceses, para italianos, para batuisis, o cosa por el estilo.

A mí me dio por pensar que la dialéctica del señor Rodríguez Sahagún acaso sea buena para vender un tapiz persa o un cuadro de Viola, pero que no sirve ni para sosegar a los españoles de cara al terrorismo, ni

mucho menos para conducirlos a hacerle frente. Su melancólica proposición política se reducía a una filosofía de jornada de mercado en Segovia: «Mal de muchos consuelo de UCD.» En el fondo trazó un programa de resignación cristiana, de ponga usted la otra mejilla y vaya bajándose los pantalones por si fuera necesario satisfacer las exigencias de los componentes de determinado grupo de «marginados». También solicitó «fe y seguridad», milagro que nadie está en condiciones de ofrecer al señor Sahagún y su jefe, dado que casi coincidiendo con los atentados, o entre las exequias fúnebres de Bilbao y las de San Sebastián, el Gobierno de que el señor Sahagún forma parte puso en libertad, por módico precio, a una porción de colaboradores del terrorismo que se alojaban en la cárcel maketa de Soria, y que el señor Suárez es directamente responsable, con todo el Parlamento a sus pies, de la demencial amnistía que colocó en la calle, incluso con premios en metálico, a un buen montón de asesinos. El pueblo llano piensa si estos gestos y quienes los hicieron no deben ser calificados de cómplices del terrorismo.

Mientras en San Sebastián acababan de oírse gritos hostiles a España, y el grito pagano de los circos —«¡ETA, mátalos!»— al paso del ataúd del general González Vallés y de los que lo acompañaban, en torno al Cuartel General del Ejército, orilla de la Cibeles madrileña, y con visible repugnancia por parte de los agentes de la Policía Nacional, se cargaba contra una manifestación antiterrorista en la que abundaban las

mujeres de militares. Energía a lo Allende, buen maestro, y tortitas de nata para Castells, Letamendia y Monzón, amén del chupa-chups del Estatuto para el nene Garaicoechea. Corrían rumores de la borrascosa sesión dominical en la Moncloa y se repetía la frase atribuida a un personaje muy silencioso en los últimos tiempos que, antes que nadie abriera la boca, clamaba: «A ninguno de éstos les hagás caso. ¡El Ejército está contigo!»

¿Será posible? No me lo creo.

Como si el Ejército fuese una cohorte pretoriana al servicio de un presidente de Gobierno, y no de España, incluso desde el punto de vista de la Constitución más torpe y necia del mundo, que es la del consenso.

En suma, que el señor Rodríguez Sahagún se dispone a largas jornadas funerales con su mejor ánimo, honorablemente demostrado en un país presa del miedo, y que por resabios del oficio, queriéndonos vender «La batalla de Bailén», nos colocó «Los desastres de la guerra» y de paso «Los fusilamientos de la Moncloa», sólo que por la espalda, en pleno día y apuntando a la nuca.

Tiene buena voluntad el buen señor, pero no es un político, sino un marchante. Me pregunto: «¿Alguien sería capaz de más?»

Me temo que no. Ese es el techo de una época enana.

Rafael GARCIA SERRANO